



El camino sigue serpenteando siempre á la misma altura, pasando de trecho en trecho por un puente cillo sobre un arroyuelo de rápida corriente. A veces nos encontramos encerrados por todas partes por árboles, como perdidos en un bosque oscuro desde el cual no se vé ya el valle. En otros sitios, los árboles se esparcen, y desde la extremidad del camino vemos descender la larguísima pendiente por la cual, de seguir andando, hubiéramos rodado como una pelota, media hora; y en lo hondo, á una gran profundidad, entre los troneos fijos de los árboles bajos, pedazos del lecho del valle verdes y lisos como tapetes de mesa de billar esmaltado de sutiles *eses* de plata del Angrogna, en todos estos sitios á la sombra de un "árbol nacional," el castaño, se reunían los valdenses antes de que hubiera templos para oír la palabra de sus pastores; y era costumbre, para anunciar la llegada del barba—costumbre que todavía dura en algunos montes,—de extender una sábana

blanca en el suelo, en el sitio donde el barba había predicado su sermón.

En un lugar por donde pasamos, todo cubierto de castaños y llamado Cienforan, cerca de un grupo de casas que había allí antiguamente, se verificó la alianza famosa de 1532, llamada el Sínodo de Angrogna, al cual, además de los pastores del valle, asistieron los barbas de la otra parte de los Alpes y muchos fieles de las colonias provenzal y calabrés, para tratar juntos de la adhesión de los valdenses á la reforma, y aquí se redactó aquella declaración de fé en 17 artículos, que llegó á ser después, con la primitiva del siglo XII, el fundamento escrito del valdismo, y allí también, no muy lejos de Cienforan, después del cruel edicto de Víctor Amadeo II, se reunió aquella trágica asamblea, iniciada con una plegaria solemne de Enrique Arnaud, el futuro capitán de la "Retirada gloriosa," presenciada por los embajadores de seis cantones protestantes de Suiza, é interrumpida por explosiones de llanto y gritos de angustia, en la cual se debatió sobre aquellos dos únicos partidos desesperados que se podían tomar, resignarse á perder la patria ó defenderse sin esperanza hasta derramar la última gota de sangre. Y otras reuniones memorables en momentos de gran peligro, ya por causa de la peste, ya por la terrible hambre del siglo XVII, tuvie-

ron los pastores sobre los montes de Angrogna, doblemente sagrados por la victoria y por la desgracia.

—Casi toda nuestra historia está escrita aquí—nos decía Bonnet, indicando las alturas del rededor;—de todo nuestro país, este es el sitio en que se ha orado, combatido y llorado más.

Y aquella solemnidad religiosa de los primeros valdenses que él nos describía, las imágenes de aquellas multitudes arrodilladas y suplicantes á la sombra de los árboles, nos hacian pensar en los antiguos ritos druidas de las selvas y nos parecian aun más poéticos y solemnes por la soledad y el silencio que nos rodeaba.

Verdaderamente, aquello de no ver ni sentir á nadie ni próximo ni lejano, nos empezaba á parecer muy extraño, y nos daban intenciones de preguntar en sério al pastor si aquellos 2,400 habitantes fueron una mentira vanidosa de la estadística ó una cosa verdadera.

Nos parecía caminar en uno de aquellos valles maravillosos y desconocidos de los cuentos árabes, de los cuales es caudillo el primero que despunta, allí funda un reino y una dinastía. ¡Oh, dichoso solitario venido expresamente para escribir una historia universal!

Y sin embargo, hay un día al año—nos decía Bonnet,—en que se anima el valle de Angrogna, el aniversario del día en que Cárlos Alberto firmó el tratado de emancipacion de los valdenses. Aquel es un día solemne para todos, festejado verdaderamente con entusiasmo hasta por los más pobres labradores. Los moradores del valle acuden de todas partes á la residencia del párroco, y los muchachos, divididos en diez y seis bandos, acuden allí de seis escuelas al son del tambor, con la bandera nacional, guiados de los maestros y seguidos de sus familias; se reúnen en la iglesia donde el pastor pronuncia un discurso de circunstancias, cantan, declaman poesías, despues cada uno recibe como regalo un pedazo de pan blanco que es una gran cosa, y una naranja, que es un tesoro; los maestros y todas las autoridades del municipio comen juntos; por la noche se queman fuegos artificiales en los montes y los muchachos se vuelven cantando por los senderos por donde sus padres pelearon y murieron, todos tan contentos, con un libro en la mano, regalo tambien, que es un episodio de la historia valdense, hecha expresamente para este día, que leen despues cien veces en las largas noches de invierno en sus modestas viviendas, medio sepultadas en la nieve.



Llegamos á un grupo de casas llamado la Serra, colocado sobre una hermosa altura al lado de un templo fundado en 1555, y restaurado hace pocos años; pequeño, muy blanco, protegido de un campanario, con la llama emblemática pintada sobre la puerta. Desde la portada del templo como desde una azotea, se domina toda la parte baja del valle hasta Torre-Pellice que blanquea en lo hondo á su embocadura, como el campamento de un ejército preparado para asaltarlo. Los generales católicos debieron haberse puesto muchas veces en aquel punto para ver desfilar las columnas que iban á intentar la toma de Prado del Torno.

Desde allí se veían los montes del otro lado del valle muy próximos, cortados como una muralla y todos cubiertos de tilos, de hayas, de encinas pequeñas, de nogales y de ciruelos, y pedregosos en la cumbre: especialmente en la Porta Roussina, sobre la cual fueron cruelmente maltratados los

soldados de Manuel Filiberto, toda descubierta y desnuda de modo que se veían allí, aun desde la Serra, las peripecias del combate de dos partidos.

Había allí una paz profunda, y hubiéramos creído encontrarnos en un lugar deshabitado, á no haber oído los golpes de hacha de tres albañiles que hacían una casa.

El Sr. Bonnet, no obstante, hizo el milagro de que nos encontráramos con un almuerzo; nos llevó á casa de un labrador, el cual nos preparó la mesa sobre una azotea de madera, y nos sirvió, para tratarnos como á señores, tres docenas de huevos pasados por agua, preguntándonos si debía preparar algunos más.

Este espléndido anfitrión era un ex-alcalde de Angrogna, una figura singular, con grandes ojos negros vivísimos y una sonrisa expresiva; sin bigote, con sotabarba, un valdense legítimo, de aquellos angrogninos de que nos habló Bonnet, de los cuales se ven muchos en la parte alta y ninguno en la baja del valle, que hacen, á veces, juicios críticos de los sermones de los Pastores con una agudeza y una precisión admirables.

Estaba vestido toscamente; pero parecía más bien un banquero ó un accionista de ferro-carriles

vestido de cualquier modo, que un campesino. Con su familia hablaba el dialecto del país, con el pastor el francés, y con nosotros, á lo mejor, el italiano chapurreado, pero con gracia.

Viéndonos empezar á comer los huevos sin huevera, cortó una gruesa rebanada de uno de aquellos panes negros durísimos, que hacen una vez al mes, hizo en él un agujero de la forma de un huevo y lo puso delante de uno de nosotros diciendo lentamente, con el tono de quien vá á decir una cosa que hará efecto:

—De la necesidad nace la industria.

Todos sus hijos tenían la misma mirada inteligente. Principalmente uno, hermoso muchacho, que nos daba de beber con mucha gracia, y tendría próximamente diez años; precisamente de aquella edad de la que los buscaba la grandeza de Turin, despues que el piadoso espíritu de la marquesa de Piomezza puso de moda llevar á la zaga del coche un lacayo imberbe, á modo de trofeo viviente arrancado al ejército de la heregía.

Desde allí, mirando á la parte opuesta de Torre-Pellice, sobre los árboles del huerto, rojos, coloreados de flores y acerolas, gozábamos de una vista admirable: la parte alta del valle cerrada por todos aquellos montes, que parecían encajados los unos

en los otros y escalonados sucesivamente; detrás, en las estribaciones que se destacan del Vandalino, los Rocciaglie que se separan del monte Servin, y detrás del Rocciaglie otro monte, y del lado allá el monte Roux, el rey de los valles, coronado de nieve; semejante, así de léjos, á una sucesion de inmensas murallas verticales cortadas oblicuamente y tan juntas unas con otras que apenas permiten el paso de un hombre.

Se comprende, ante este espectáculo, cuál debió ser la inquietud de los soldados católicos desconocedores de la localidad, la primera vez que se encontraron allí envueltos en aquellas terribles oleadas de montes. A quien no conociera el terreno, le parecerían dispuestos de modo que no se podrían andar dos millas sin romperse la cabeza contra aquellas inmensas paredes de granito. No parecía que debiera continuar el valle detrás del primer obstáculo; sino serpentear por entre estas intrincadas angosturas en las que falta el aire y la luz: una gran trampa para ejércitos, donde una columna sitiadora debía quedar presa y aplastada como un cordon de hormigas debajo de la piedra de un molino, ó detenerse apenas entrada, atónita, parada ante las rocas, y poseídas de un terror misterioso....

¿Quién, que al llegar allí por primera vez, no piensa en lobos y osos, en aventuras extraordinarias ó una especie de pueblo de Oga-Magoga, separado del mundo?

*
*
*

Desde la altura de la Serre el camino empieza á bajar, y siempre en medio de castaños, nogales y toda clase de árboles de monte que proyectan grandes sombras sobre vastas alfombras de terciopelo verde, salpicadas de puntos brillantes. A medida que bajábamos aumentaba el ruido del torrente como la voz de una multitud irritada que viniera hácia nosotros. Nos íbamos acercando al punto más estrecho del valle, á aquel sitio tremendo y memorable que puede llamarse "Termópilas Valdenses." Probablemente el camino que recorríamos era el mismo que habian recorrido aquellas columnas de ejércitos católicos que intentaron penetrar en el Prado del Torneo á lo largo del torrente, mientras los otros procuraban escalar la montaña; aquel mismo camino por el cual retrocedían despues pelotones de soldados sin armas, ayudantes pálidos de terror y generales desesperados y rojos de ira y de vergüenza, blasfemando de las cosas más sagradas en nombre de las cuales ha-

bían ido á combatir. Porque durante cerca de doscientos años, aquel maldito Prado del Torno fué la ciudadela del diablo para los ejércitos papistas.

Hacia fines del siglo xv lo asaltó el Arcediano de Cremona, el famoso De Capitaneis con sus célebres cruzados; y salieron de allí derrotados, maltrechos y dispersos, jurando no volver á poner los piés más en aquel sitio.

Lo invadió en 1561 el Conde de la Trinidad con su ejército; habiéndosele confiado este mando en el mes de Febrero, destrozado en el mes de Marzo, acuchillado en el mes de Abril, rechazado y arrojado á la llanura donde se consumió de dolor y de rabia.

Intentó enseñorearse del valle el Marqués de Pianezza, y fué aniquilado; lanza sus columnas el Marqués de Fleury y se le deshizo.

Es inútil; con arrojo y con sangre á todos resistían. Prado del Torno permaneció íntegro por dos siglos, de 1488 á 1686, como una roca inaccesible defendida por una fuerza sobrehumana. Y cayó en 1686 por primera vez; pero fué preciso que la asaltaran juntos, despues de muchos preparativos, Francia y Saboya, un gran Príncipe, un gran general y dos formidables ejércitos; el ejército de Luis XIV, dirigido por Pranollo, subiendo la gar-

ganta de la Vachere; el ejército de Víctor Amadeo arrojándose sobre los montes de Angrogna por Bricherasio, Bibiana, Garzigliana y Torre-Pellice; miles de viejos soldados ejercitados en la guerra de las montañas; el general Catinat con batallones del Delfinado, con guarniciones de Pinerolo y Casale, con artillería y con los famosos dragones; Gabriel de Saboya con regimientos de Niza, Saboya y Monferrato. La cruz blanca con la guardia de Corps, con la caballería, con la guardia civil, con veteranos de Mondovi, Barge y Bagnolo; animados todos como para ir á acometer una gran empresa, cargados de municiones, sacos, hachas y palas, como para el asalto de una plaza fuerte.

Toda esa ira de Dios fué preciso para destruir el valle de Angrogna, para vencer á un puñado de hombres debilitados y sin esperanza, que sin embargo, rompieron alguna vez ántes de resistir la oleada invasora de los ejércitos. Y fué aquello festejado como una gran victoria, porque pareció extraño á todos y casi maravilloso haber conseguido herir en el corazón á los enemigos; una gran victoria..... semejante á la del Marqués de Pianezza, cuando venció con 8.000 soldados y 2.000 campesinos á 17 valdenses de Rorá,

Pero no era ciertamente el pastor Bonnet el que

decía estas cosas mientras íbamos andando; éramos nosotros. Él no se jactó de sus padres valdenses durante el paseo, no hacía más que pintarnos el espectáculo solemne y lúgubre que debía presentar aquel valle, cuando se aproximaba un ejército: todos los habitantes de aquellos contornos, corrían á refugiarse al Prado del Torno; y por aquel camino, sobre la cima de aquellos montes y allá abajo, pasaban el torrente familias tras familias, llevando sus ropas y sus enfermos, y por todas partes se oían entonar cánticos y salmos como de gente que corre en busca de la muerte y nos hacían tanto más efecto aquellas cosas por la manera como él las decía; sin sombra de vanas retóricas, ajustándose á cada instante el sombrero de paja amarilla y el gabán que se había echado á la espalda como un joven que nos hablase amigablemente de un suceso doloroso de su familia, no por buscar nuestra compasión, sino por desahogar su ánimo.



Entre tanto habíamos llegado al fondo del valle. Allí, una maravilla de hermosura. El torrente baja impetuoso rompiéndose entre grandes piedras, á saltos y en cascadas, como si bajara por una escalera informe de roca y ocupa casi todo el fondo del valle. Por acá y por allá se levantan montes altísimos casi cortados á pico, escarpados, poblados de bosque, espantosos, negruzcos por la parte de las sombras. Estando en el fondo, parece una abertura de la tierra; es preciso volver la cabeza hácia arriba para ver el cielo.

En aquel lugar se escuchan mil ruidos. A las cien voces del torrente, se une el variado y ensordecedor ruido de una inmensa cantidad de agua que baja de la montaña. Impetuosos arroyuelos cristalinos corren á lo largo del camino con el ímpetu de pequeños torrentes contenidos con trabajo por las orillas; dentro de aquellas moles, aquí y allí se abren pequeñas grutas negras, donde caen mi-

llares de gotas que resuenan en la superficie de los charcos, formando en el aire pequeños arcos iris y produciendo murmuradores ecos que parecen llamarnos al pasar. De todas las pendientes bajan largas venas de agua, las cuales se rompen y se esparcen en mil ruidosos arroyuelos, en cascadas sonoras y espumosas que blanquean entre el verde de arriba abajo, casi sobre la cabeza del viajero, por todas partes; otros arroyuelos más altos que parece que caen del cielo, se lanzan con gritos de alegría infantil desde la cima de la altura; fuentecillas solitarias murmuran entre las piedras; los rocas gotean, sudan, lloran, gimen; mil voces que parecen confundirse al producirse cada una, llenan el aire de notas graves, agudas, argentinas, que trinan cariñosas, lentas, precipitadas; un canto, un grito, un tumulto, un castillo de fuego que aturde, alegra el alma, refresca la sangre y hace estremecer de placer los nervios.

Apenas nos oíamos unos á otros. Reíamos sin saber por qué, como en medio de una fiesta de niños. Todo aquel barullo nos cogió de improviso. Estábamos muy lejos de esperar una acogida tan alegre.

El agua corría, saltaba en tal abundancia y con tal ímpetu sobre nuestras cabezas, que á

veces temíamos recibir un baño involuntario y no hubiera sido inútil abrir los paraguas. La música nos acompañó creciente durante un buen rato. A veces parecía que se calmaba un poco; los ruidos del agua se hacían ménos frecuentes y ménos intensos.

Después, de repente, á la vuelta de una roca, otra explosión más fuerte de gritos, de trinos, de ecos del torrente, de surtidores de aguas, de murmullos de cascadas, de notas profundas, agudas, rápidas, que parecía nos querían decir, contar, explicar, persuadir de algo con afán; un diluvio de voces incomprensibles que hacían perder la paciencia y gritar:

—¡Está bien; pero callaos! ¡Está comprendido!

—Y entonces un poco de tiempo se tranquilizaban y podíamos seguir hablando, sin necesidad de gritar.

Pero hé aquí que de repente nos sorprende un nuevo ruido, un coro altísimo y animado con saluciones sonoras de llamadas, de exclamaciones, de risas, de cantos de pájaros y de sonidos de campanilla, como una multitud escondida detrás de las rocas, entre las plantas y en las grutas, como de centenares de mujeres y chiquillos.

que de todas las alturas nos apostrofarán, burlándose del conde de la Trinidad, preguntándonos como estaba el marqués de Pianezza, riyéndose de los inquisidores y de los frailes. Era una armonía, un espectáculo que escitaba á aplaudir y á agitar el pañuelo.

—Y, sin embargo,—nos decía Bonnet—no es esta de fijo la mejor estacion para estar aquí; se debe venir en Mayo, cuando todas las isletas y las orillas del torrente estén floridas y forman como un mosaico movibles de mil colores y sobre los montes hay todavía nieve que se va deshaciendo. Entonces es cuando hay que oír esa orquesta. ¡Oh hermosa y bendita naturaleza! ¡Quiera el cielo que no se cumpla los horribles acontecimientos de que está amenazado el valle de Angrogna: ojalá estén distantes de nosotros todavía los hoteles americanos ó ingleses, las mesas redondas, las salas de lectura y los conciertos! Siquiera por un siglo.

Continuando el paseo, al lado allá de una hermosa cascada llamada Gog-ni (que quiere decir *Garganta negra*), se ven en el lecho del torrente excavaciones profundas, llamadas *tompi* por los moradores del valle, en cuyas *tompi* el agua sube hasta muchos metros de altura, y tan clara, que se vería la hoja de una flor en el fondo. Parecen grandes cavidades hechas de intento para servir de baño á gigantes. Cada una tiene un nombre propio: algunas tienen su leyenda.

Una de las más profundas, llamada *tompi Saquet*, es histórica por haberse ahogado, precipitándose desde una roca, un tal Saquet, de Polonghera, que era uno de los jefes del ejército de Capitaneis, en 1488, y que poco antes de morir, combatiendo allí cerca contra los angrognianos, había jurado arrojar en pedazos á cuantos hubiesen caído en sus manos. Después de trescientos noventa y cuatro años, el *tompi* conserva todavía el nombre

de su víctima, y lo conservará, como dicen poéticamente en aquellos valles, hasta que un padre valdense siga el mismo camino acompañado de su hijo.

El camino, á medida que se cierra el valle, se cambia en una vereda, la cual se estrecha al pié del Rocciaglie, temerosamente, amenazado de piedra por un lado y de las aguas del torrente por el otro. El aspecto del Rocciaglie, en aquel punto, es verdaderamente majestuoso y terrible. Masas enormes, en las cuales se podría excavar una casa, avanzan hasta las orillas interceptando casi el camino; algunos se destacan desmoronándose de la altura; otros incrustados en los lados del monte, parecidos á monstruos inmensos que asoman fuera su deforme cabeza; otros inclinados como torreones que amenazan ruina, suspendidas casi sobre la vereda, capaces de ocultar veinte personas; tan mal intencionados á la vista, que, al pasar por bajo de ellos, dan ganas de decir:

—¡Un momento, por favor!

En algunos puntos, hay grandes montones de piedras, que parecen ruinas de palacios gigantes, destruidos por un terremoto. El lecho mismo del torrente, muy rápido, está todo obstruido por colosales masas blancas que parecen ruinas de una

grada titánica que bajase desde el monte Roux, hasta la Torre. La montaña descende, casi inaccesible, con paredes derechas, escalones de rocas, ángulos, dientes, pequeños precipicios, accidentes, llena de amenazas, de peligros y de horrores; pendientes peligrosas, en las que no es posible que puedan estar los hombres sino sujetos ó suspendidos por cuerdas de los picos ó contenidos en un brocal, como los pajarillos en el nido.

Sin embargo, también allí abajo, entre aquellas rocas, hay escuelas, grupos de casitas con pequeños trozos de terreno cultivado que están allí, en medio de peñas; establecidos con la paciencia de un santo; cabañas solitarias que permanecen meses y meses en la nieve, y de las que á veces no se pueden sacar ni los muertos. Este es el sitio más estrecho del valle de Angrogna. El sendero se estrecha más todavía, la orilla se levanta, las faldas de los montes de una y otra parte, casi se tocan. Esta es la puerta del Prado del Torno.

Un puentecillo de arcos atraviesa el torrente, que se precipita entre dos murallas. Cerca de una de éstas, pasa el camino sobre un sosten artificial de piedra y de madera que se echaría abajo con pocos golpes de azadon. Amenazados de un asalto, los valdenses destrufan aquel sosten, y nadie pasaba ya.

La estrechura estaba fortificada. El camino estaba cerrado con una puerta. Detrás de la puerta había dos centinelas: la desesperacion y la muerte.

Allí nos detuvimos un rato, echados á la sombra de una roca, á hablar de las batallas extrañas y terribles que se habían librado sobre las dos orillas y en todos los montes que se alzaban en aquellos contornos. ¿De qué modo un puñado de montañeses había podido triunfar de tantos ejércitos? ¿Cómo se defendían? ¿Cómo los atacaban? Las historias parciales y las Memorias de aquellos tiempos refieren detalles concisos y esparcidos; pero suficientes para el que quiera representarse con todos sus colores aquellas luchas.

Los ejércitos católicos, al principio iban á combatir con ánimo esforzado, confiando en la superioridad del número, de las armas, de la disciplina y de los jefes, no pudiendo creer que los reveses sufridos por sus predecesores tuviesen otras causas que algun error de táctica, grande y casual, cometida por descuido.

Estaban, además, animados por la fé de acometer una empresa santa, exterminando á los perros herejes, y por ver que los valdenses, que aborrecían todavía la efusion de sangre por respetos á su antiguo principio de la inviolabilidad de la vida humana,

hufan siempre que les era posible delante de ellos, no empeñando batallas sino en el último extremo: lo que naturalmente era considerado en ellos como efecto del miedo; entraban, pues, en los valles, cantando, con la seguridad de ir á marcar sobre las rocas del Prado del Torno el último día de la herregía.

Pero el desengaño no se hacía esperar. Era imposible ante todo, que gente de la llanura, por lo que hubiese oído decir de lo espantoso de aquellos lugares, se imaginara de un modo seguro la naturaleza é intensidad de las dificultades que presentaba aquel valle á un ejército sitiador: la primera impresion de aquellas montañas era acobardar algun tanto hasta á los más esforzados. Además, siendo por otra parte difícil á los generales calcular las distancias con exactitud, ocurría frecuentemente que las columnas no llegaran al mismo tiempo á los puntos designados para el ataque, y que se encontraran la una detrás de la otra frente al grueso de las fuerzas enemigas. Marchando en buen orden, unidas y rápidas, se internaban poco á poco desmesuradamente por veredas estrechas en medio de los árboles, despedazándose y huyendo luego con sus oficiales, perdiendo mucha parte de su fuerza orgánica ántes de llegar al sitio del combate. Y la desigualdad de armamento que había

entre ellos y los enemigos, cedía casi toda en desventaja suya.

Cubiertos de cascos, de corazas de hierro, de armas pesadas, no acostumbrados á caminar sobre la hierba resbaladiza y sobre los picos inseguros de la montaña, resbalaban rabiosos, desmayaban, perdían el ímpetu del ataque á mitad de la subida, y llegaban estropeados y lánguidos frente á los valdenses llenos de fuerza é inmóviles.

Éstos, no armados al principio más que de hondas, arcos y picas, defendidos por corazas de cortezas de árboles y de pieles velludas, ligeros, ejercitados á pisar sobre las rocas como garras de acero, muy diestros en las subidas rápidas y en las bajadas difíciles, conocedores de todos los sitios, de todos los rincones, de todas las defensas naturales del terreno, volaban, digámoslo así, por sus montes como bandadas de aguiluchos, casi sin cansarse, sin otro cuidado que atacar y defenderse, prontos siempre á caer sobre el enemigo cuando lo sorprendían en un paso difícil, á hacerle huir, y escaparse de entre sus manos cuando estaban á punto de cojerlos, á aprovechar todos [sus] momentos de incertidumbre y de debilidad para alcanzarlo y confundirlo con atrevidas vueltas de improviso que no les daban tiempo de recobrase.

Los católicos se hacían preceder de un pequeño número de soldados que buscaran los pasos más practicables y las bajadas ménos peligrosas; pero éstos, asaltados inopinadamente por gentes apostadas detrás de los peñascos, veían surgir alrededor de ellos, espectros lanzados por la tierra, por los cuales eran acuchillados ó puestos en fuga ántes de salir del primer estupor, y ántes que la columna llegase á la vista de la refriega.

Llegaba también á menudo una columna sin encontrar resistencia y sin ver al enemigo, á tomar un punto elevado, en el cual les parecía no tener nada que temer de arriba; pero era una ilusión; á los pocos minutos sentían sobre sus cabezas los gritos y las pedradas de los valdenses que habían subido sin ser vistos, á poca distancia de ellos, por las hendiduras de las montañas de la espalda, hasta sobre una altura que los dominaba y que hubiera sido locura asaltarla.

—¡A la brua!—¡A la cima!—¡La victoria está arriba!—era su palabra de orden y el grito de guerra en todas aquellas luchas. Poner el enemigo á sus piés. Aparecerle de repente sobre la cabeza, como en la llanura se busca aparecer de improviso por el costado. Todo jefe de maniobras tenía el ojo de un gran capitán, en aquellos lugares, de los cuales conocían cada arbusto y cada piedra.

Veinticinco montañeses puestos á defender una entrada practicada entre dos rocas ó entre una roca y el torrente, tenían detrás una columna de 500 soldados, dando tiempo al grueso de la fuerza para desembarazarse de las otras columnas. Donde la defensa era ménos fácil, levantaban montones de tierra y de arena; barricadas formidables, compuestas de una doble fila de defensas, teniendo dentro árboles y piedras amontonadas y nieve aplastada que llenaba todos los huecos, la cual, congelándose despues de mojarse nuevamente, formaba una masa de hielo sobre la que caian de golpe los sitiadores, barridos á quema ropa por los arcabuces.

Los católicos no podían todavía llevar los cañones sobre aquellos montes. Cuando les amenazaron con llevarlos, los valdenses levantaron una barricada enorme de cerca de 500 metros de largo, que se veía desde la embocadura del valle. Lo que no habían aprendido de la naturaleza, se lo había enseñado poco á poco la experiencia; no ignoraban ninguna industria guerrera, no descuidaban ninguna prevención y hacían una guerra de leones y de gatos.

Caminaban largo trecho descalzos para no ser oídos, subían por las cuestas arrastrando el cuerpo para no ser vistos, andaban muchas leguas entre la niebla á largas filas, cogidos por las extremidades de

los vestidos para no perderse; tenían una habilidad admirable para medir la profundidad de la nieve con las picas en plena noche, aun en los lugares más escarpados, para oír la proximidad del enemigo por sus pisadas, para reconocer su paso sobre la hierba y por las piedras removidas: estaban curtidos en los sufrimientos de la vida salvaje, resistían privaciones inauditas, se alimentaban de raíces y de carne cruda de lobos, comían corriendo por las cimas con el arma al brazo y el plato en las manos; dormían amontonados sobre el hielo juntos y apretados como grupos de culebras, para no morir de frío.

Casi todos manejaban las armas mejor que los soldados viejos, habían formado con los jóvenes más atrevidos y más fuertes una compañía de cien arcabuceros, llamados arcabuceros volantes, ninguno de los cuales erraba jamás el golpe.

Tenían tiradores de honda que á una distancia donde no llegaban las balas de los arcabuceros, en tres pedradas despedazaban el pecho y el cráneo de un hombre.

Se servían también con gran resultado, de las piedras, haciéndolas rodar por el monte; unos cuantos hombres robustos apoyando las espaldas en las rocas y haciendo fuerza con los piés y con palancas, movían y echaban abajo piedras enormes